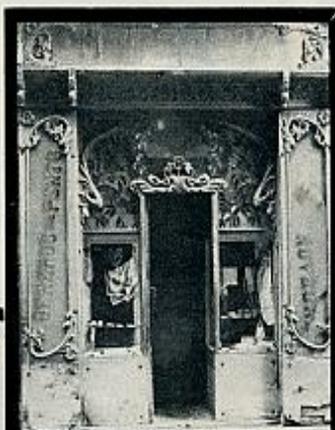
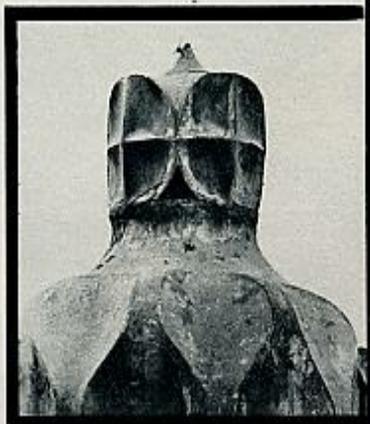


Por JOSE MARIA  
MORENO GALVAN



# LA ARQUITECTURA MODERNISTA EN CATALUÑA

**U**N excelente libro del arquitecto Oriol Bohigas y del fotógrafo Leopoldo Pomés («La arquitectura modernista». Editorial Lumen, Barcelona, 1968) plantea de nuevo el problema —múltiples veces tratado y nunca suficientemente debatido— de la arquitectura —y de la cultura— modernista en Cataluña. Repito que los autores son Oriol Bohigas y Leopoldo Pomés. Es que, fiel al título de la colección en la que este libro se inscribe, «Palabra y forma», en él la imagen tiene tanta importancia como la palabra escrita; forma parte de la tesis sustentada, con tanta eficacia argumental como la misma palabra.

Oriol Bohigas tiene en cuenta, naturalmente, a la figura máxima de Antoni Gaudí: máxima no solamente en relación con la arquitectura de Cataluña, sino de toda la arquitectura contemporánea. Pero, de acuerdo en ello con un rigor histórico muy de su tiempo, entiende que Gaudí no puede ser una figura aislada; sabe que si fuese una figura aislada ya no podría ser considerado como un fenómeno de la arquitectura, sino, acaso, de la historia de las genialidades personales que no tienen ni antecedentes ni consecuencias. Todo el libro, toda la tesis, tanto de Oriol Bohigas como de Leopoldo Pomés, podría ser como la respuesta a esta no formulada pregunta: ¿Cuál fue el clima, cuál fue la incitación, el caldo de cultivo que hizo posible a la obra gaudiana? Su respuesta es «La arquitectura modernista», y podrían haber añadido «... de Cataluña».

Yo no sé si los barceloneses se percatan de ello. Es necesario ser espectador y ver un poco las cosas desde fuera de ellas para percibir muchas de sus más profundas significaciones. Quien

llega a Barcelona con los ojos abiertos se da cuenta inmediatamente de cómo ésa es una ciudad íntimamente penetrada y transformada por aquel movimiento. El problema, claro está, no es sólo arquitectónico. Pero hay algo que conviene constatar desde ahora mismo. La profundidad de esa estilística que, en momentos poco reflexivos se pudo llegar a suponer que era sólo ornamental. Existe una pintura, una escultura, una música, una poesía, una arquitectura modernistas. En cambio, sólo mediante una elipsis semántica o conceptual, que siempre sería discutible, podríamos hablar, por ejemplo, de una «arquitectura impresionista».

El «modernismo» fue uno de aquellos autos de fe que, en la frontera de los dos siglos, y por una especie de confabulación circunstancial y cultural trataron de poner a punto una serie de nuevas «imágenes del mundo». Como el freudismo, como el bergsonismo e incluso como el post-impresionismo. Ahora es cuando estamos en condiciones de saber que, entre unos y otros, existía una extraña red de vasos comunicantes. Es muy fácil decidir que sí, que Ruben Dario, D'Annunzio, Klimt, Víctor Horta, Gaudí, Maeterlinck... fueron modernistas. ¿Pero es que, en cierta manera, no era también un modernista Nietzsche? O dicho de otra manera: ¿es que no tiene algo nietzscheano el escondido mesianismo que circula por toda la sangre «modernista»? ¿Se le podría llamar irracionalismo a ese ingrediente conformativo del «modernismo»? ¿Se le podría llamar a condición de que se comprenda que esa irracionalidad tiene, ante todo, su sentido, y pide ser descifrada.

No otro sentido tiene su escondida apelación medievalizante. Porque, en efecto —y Gaudí es

acaso el máximo ejemplo—, el «modernismo» capitaliza toda la aspiración goticista y medievalista que redescubrió y puso en ejercicio la edad romántica. ¿Y qué significa esa reviviscencia de la sugestión medieval?

En esa especie de recusación de la línea recta y de la racionalidad ortogonal se escondía también un mesianismo. Por eso, el «modernismo» llega a ser, también, como la materialización plástica de los ideales de la «Renaixensa» catalana. El goticismo es para la «Renaixensa» una argumentación; para el modernismo, una aspiración. Pero ambos se complementan en él, porque los dos buscan en él su originalismo a la vez que su origen. Es curioso —pero no deja de ser sintomático— que en sus orígenes imprecisos, el «modernismo» no pretenda ser original a la manera que hoy se entienda, sino sólo buscar una originalidad fundada en los orígenes. Lo cual se comprende perfectamente cuando conocemos, gracias al libro de Oriol Bohigas, el manifiesto «En busca de una arquitectura nacional» del arquitecto Lluís Domènech i Montaner, publicado, sintomáticamente, en la revista «La Renaixensa», en 1878. Y no deja de ser asimismo sintomático que Josap Puig i Cadafalch sea, al mismo tiempo, un investigador de los orígenes medievales de la arquitectura catalana y uno de los arquitectos que echan los cimientos conceptuales del modernismo.

Según Oriol Bohigas, el modernismo vive su fase de inminencia preformativa alrededor de 1880, alcanza su plena iniciación ideal y se considera definitivamente desaparecido en 1911. No es extraño, incluso es bastante explicable, que ese movimiento coincidiera plenamente con el renacer cultural, político y social de Cataluña. ■ J. M. M. G. Fotos: STUDIO POMÉS.